

Poemas

Hezri Ferbie



Presentado por

Poemas del Alma 

Índice

Cerca de Dios

Besos Rojos

Cobra

Cuando te sientas sola

Dígame de qué le sirvo

El árbol famélico

El gorrión

El ombú de Tulcutú

La danza de la muerte

La hache es muda, no ciega

El jardín de la tía Olga

L

Llévame

Los besos del mar

Me gusta mirarte

Muerto en vida

Soneto del jinete

Tanta belleza no existe

Un muerto en la calle

Usurpador

Te quiero antes que todo

¿Te quedás conmigo?

Nadie sabe que sos un ángel

Yo no miento

Quiero quererte despacito

Me tienes en tus manos

La extraña

Te pido amor

La muerte de la hormiga

Mi corazón lo sabe

No te quiero para mí, te quiero

Hablo de ti

Yo estuve en una celda

Quisiera tenerte detrás de mis párpados

La máscara

La justa medida

¿Has visto a la tierra llorar?

Llora si quieres llorar

Hagamos una cosa...

Algo sobre el amor

Estoy solo y lleno de ti

¿Quién le dará cuerda al reloj?

Ojos, nariz, labios

La hija del río

Yo guardo un beso

Capítulo Glíglico

Pecho de miel

Yo sueño

Entre nosotros no hay adioses

Solo

La cárcel

Amiga mía

Quizá (Cobardía)

Debo decirle adiós, compañera

El hombrecito de arcilla

Ahora pienso en ti

Tú también la amarías

Recordatorio

Yo prospero en el caos

Te guardo en mis ojos

Padre

Cuando te trague la tierra

Fragmentos de tiempo

Cuicatl tl?huiyo

Un buen amor

¿Por qué abriste la jaula?

El nudo

Ríe

Rima I

Rima II

Rima III

Rima IV

Rima V

Rima VI

Rima VII

Rima VIII

Rima IX

Rima X

Rima XI

Rima XII

Rima XIII

Rima XIV

Rima XV

Rima XVI

Rima XVII

Rima XVIII

Rima XIX

Rima XX

Florájar

La dama nocturna

La plaza

La grúa

El pozo

La promoción

Las alas de Ramiro

Cerca de Dios

Estaba solo y hueco, como yo,
aquel pedazo de tronco seco.
Era madera muerta por dentro,
llena de hongos, tripas y sesos.
Tan solitario lo vi, que pareció
mirarme de vuelta con dolor
y preguntarme:
?¿He muerto?
¿Por qué no he visto a Dios?
La marcha fúnebre del viento,
el polvo del suelo levantaba,
y se acercaba la muerte, lento.
Solo con el tronco quedaba.
?¿Qué tronco tan estúpido eres!
Tienes la tierra, mas no raíces;
tienes el agua, mas no la bebes;
tienes el sol, y la sombra temes.
Volteé la cabeza hacia el río,
y la muerte esperando estaba,
tejiendo un manto de frío
para el espíritu y el alma.
Su mano acercó a la mía,
y el viento ya no lloró.
El tronco se desvanecía,
conmigo, a los pies de Dios.
?Felicio Flores.

Besos Rojos

Ah, tus besos rojos, querida:
beberé tu agua milagrosa
y obtendré años de vida
de tu carnosa boca rosa.

Ah, tus besos rojos, mujer:
arden tanto como la yesca,
y escuecen la fibrosa carne,
dejando una herida abierta.

Ah, tus besos rojos, amor:
lentos caracoles jardineros,
deslizándose de flor en flor
entre húmedos senderos.

Ah, tus besos rojos, virgen:
son pájaros volando alto,
otorgando alas de mimbre
que se cosen en los brazos.

?Felicio Flores.

Cobra

Cobra,
te ocultas en la mata,
al acecho de tu presa.
En el suelo, tu cabeza;
el serpenteo no delata
la malicia en tu destreza.
Cobra,
hija y madre traicionera.
Tus escamas de colores
se camuflan entre flores
y, enredada como hiedra,
te silencias en la tierra.
Cobra,
sagaz, paciente y letal.
Las espinas en tu boca
lenta muerte provocan
en un lóbrego herbazal
de veneno sin piedad.

?Felicio Flores.

Cuando te sientas sola

Cuando te sientas sola
y perdida,
cuando te sientas sola
y mutilada;
cuando te sientas sola
y herida,
cuando te sientas sola
y asustada...
Yo sostendré tu vida
con flores en los brazos,
aunque estén cansados,
aunque estén dolidos.
Cuando te sientas sola...
¡puedes contar conmigo!
?Felicio Flores.

Dígame de qué le sirvo

Dígame de qué le sirvo,
¿sirvo como siervo vivo
o como ciervo muerto?
Dígame de qué le sirvo,
si sus pájaros heridos
duermen en otro pecho.
Dígame de qué le sirvo,
si cuando llora un río
estoy seco cual desierto.
Dígame de qué le sirvo,
si cuando está conmigo
alimento vanos sueños.
¡Dígame de qué le sirvo!
¡Dígame de qué le sirvo!
¡Dígame de qué le sirvo!
Dígame de qué le sirvo,
si el amor dentro mío
morirá sin ver el cielo.

?Felicio Flores.

El árbol famélico

I

La rama flaca y aletargada
no se alimenta desde junio.
El invierno tejió la escarcha,
ciñó su manto súbito y mustio.

II

Los pájaros se han ido lejos.
Porque el árbol parece morir;
su pecho de madera abierto,
en lamentos lo hace crujir.

III

Volverán las hojas y plumas
a incrustarse en las ramas
albar, huesudas y desnudas,
con el beso de la luz solar.

IV

La sabia savia sabe esperar
el esplendor de la primavera
y el canto de su voz vegetal
en la garganta de la tierra.

V

Mírate, arbolito, arbolito.
Lleno de hojas de vuelta.
Los pájaros han hecho niditos,
y todos duermen en tu cabeza.
¡Es primavera!

?Felicio Flores.

El gorrión

Creyó ser libre el gorrión,
por volar muy alto y lejos,
y llenar sus pupilas de sol
y sus plumillas de viento.
Tocó con el pico el cielo
en el crepuscular arrebol,
voló de puerto en puerto
y del mar se enamoró.
Afligió su cuerpo un dolor
agudo hasta los huesos.
Una flor nació del corazón
y deshojó en pleno vuelo.
Horadó la saeta de acero
la carne del frágil gorrión;
¡tal fue el disparo certero
del arquero cazador!
Cuánta desdicha, gorrión:
ser la diana en el cielo
y que usurpen tu corazón
y que vuele en otro pecho.
?Felicio Flores.

El ombú de Tulcutú

Latió hasta el cansancio
el corazón del ombú;
su blando tronco anciano
llenó de verde a Tulcutú.
Los pajarillos eran liras
en los brazos del ombú;
eran los hijos y las hijas
sobrevolando a Tulcutú.
Los hombres de acero
amputaron al ombú;
llevaron el verde pueblo
al cementerio de Tulcutú.
Vacía está la plaza
donde estaba el viejo ombú.
Lo recuerdo con nostalgia
en el silencio de Tulcutú.

?Felicio Flores.

La danza de la muerte

Danza la muerte incierta,
con su lúgubre guadaña.

Elegante, de tela negra,
corta el flujo del tiempo,
trizando las entrañas.

Danza sola el último vals,
y, sobre tu cuerpo fresco,
deja caer flores de sal
y revela su seco rostro
sobre tu rostro mortal.

Danza helada y macabra
sobre la madera muerta,
donde callan las palabras,
donde estallan las almas
y la luz del sol no llega.

Danza rápida y lenta,
entre el cielo y la tierra.

Camina sabia y perpetua.

Danza la muerte...
y te lleva con ella.

?Felicio Flores.

La hache es muda, no ciega

La hache es muda, no ciega.
Solitaria, con su insonoridad,
anhela la mano de un poeta
que su silueta no haga callar.
Huérfana de sonido natural,
fue sentenciada al silencio,
aferrada a un dígrafo tenaz,
resuena su eco más poético.
Irregular, cual hilo al céfiro,
viajó entre varios dialectos,
de los fenicios a los griegos,
y desde allí al mundo entero.
La hache es muda, no ciega;
vive soñando con un fonema.
No está sola, no está muerta;
¡hasta en su nombre la lleva!
?Felicio Flores.

El jardín de la tía Olga

Ha muerto el jardín de la tía,
se ha secado como un hueso;
murió porque ha muerto la tía,
y no hubo vida después de eso.
La tierra llora sola, la extraña;
ya no se alimentan de su mano
los gorriones en la mañana,
y ahora sus cantos son llantos.
El sol ya no aviva la huerta,
ni la piel de la tía Olga;
ahora solo quedan sombras
de ramas esqueléticas y solas.
Ya nadie quiere plantar flores
donde la tía cuidaba su jardín;
no hay aromas, sabores, colores;
se llevó todo para un gran festín.
No quiero regresar a tu casa, tía;
disculpa, no es tu culpa, es la mía.
No lloré lo necesario en su día,
y me guardé esta cruel melancolía.
Quiero creer que estás creando
una huerta y un jardín de rosas.
Espérame, que voy llegando...
¡Dame dulce de higo, tía Olga!
?Felicio Flores.

L

I

Las horas sin tiempo,
las historias sin memoria;
las vidas sobreviviendo,
las derrotas y victorias.
Las fronteras sin derechos,
las fracciones económicas;
las amenazas de destierro,
las migraciones ideológicas.

II

La existencia milagrosa,
la misa de los domingos;
la mentira más piadosa,
la verdad de los testigos.
La pulcra tela sedosa,
la santa madre del hijo;
la sangre en la cruz roja,
la muerte de lo divino.

III

Los pájaros que sueñan,
los hombres que los cazan;
los niños de otra tierra,
los pájaros que abrazan.
Los cielos de las guerras,
los hombres que los tallan;
los niños de otra tierra,
los cielos que abrazan.

IV

Lo que libra una batalla,
lo que condena al cuerpo;
lo que fragmenta la coraza,
lo que despierta al sueño.
Lo que estalla en una bala,

lo que sangra en el suelo;
lo que hiera, mas no mata,
lo que agoniza sin consuelo.

V

El cristal del agua pura,
el relieve de la tierra;
el viento en la llanura,
el fuego de la hoguera.
El labriego y su caballo,
el tabaco y la hojilla;
el sereno sobre el pasto,
el termo, el mate y la bombilla.

?Felicio Flores.

Llévame

Llévame en tu bolsillo,
guárdame como a un reloj;
llévame cual cigarrillo
en cajilla de adicción.
Llévame en tu rostro,
guárdame en tus ojos,
eterno como una foto
y fugaz como el otoño.
Llévame en tu bolígrafo,
para fecundar poemas,
y de la tinta de tu mano
florecer cual primavera.
Llévame en tu sinfonía
y guárdame en tu voz,
y te llevaré, amada mía,
en la raíz del corazón.

?Felicio Flores.

Los besos del mar

La espuma que besa la rodilla,
repleta de caracolas desnudas,
la sombrilla amarilla a la orilla
del mar, en la arena enterrada,
juegan bajo el faro de la luna,
y al pie de las dunas doradas.
Las gaviotas giran en el viento,
sus albas alas llenas de sol
y de salobres nubes de besos
que el mar despidió al cantar.
Y tus mejillas rojizas besó,
al verte con las gaviotas girar.
Los besos arden en tu cuerpo
como los besos de aguaviva,
y los besos del mar sediento
se iluminan con las noctilucas.
Y la noche se convierte en día,
y la sal, en besos de azúcar.

?Felicio Flores.

Me gusta mirarte

Qué hermoso es sentir tu fuego y mirarte,
lejana, arder y hervir la sangre de tu cuerpo,
de eterna virgen hacia el mío.

Y caminas, y camino, y qué hermosa eres
cuando me abrazas y ya no soy mío,
y me besas y me ensancho como un río.

Me gusta mirarte y leerte como un libro,
y al llegar al último capítulo,
empezar de nuevo cual dos desconocidos.

Qué vacío siento si no estás conmigo,
es como condensar en un día un siglo
de bucle infinito de hastío.

Ah, mujer, en tu corazón me abrigo
del mundo, como un fugitivo,
y me duermo, y te sueño, y me siento vivo.

?Felicio Flores.

Muerto en vida

Qué triste cómo la ama,
y no lo ama de vuelta.
Le dolió hasta el alma,
y se secó como piedra.
Cómo duele el puñal
enterrado en el pecho,
con semejante frialdad
de despiadado témpano.
Le arrancaron la cabeza,
la carne de los huesos,
le drenaron las venas,
despedazaron su cuerpo.
Muerto en vida camina,
y muerto en vida ama,
ama a la rosa prohibida
de espinas de oro y plata.
Qué triste cómo la ama,
y no lo ama de vuelta,
más triste es su mirada,
porque allí aún la sueña.

?Felicio Flores.

Soneto del jinete

Caballo errante de crines de seda,
herido, salvaje, entre las montañas,
escapa el jinete de la cizaña,
y deja en el viento la polvareda.
Se esconde, cual sol, tras la arboleda,
y en la noche se enreda su entraña.
Bajo la luna, cuelga una telaraña,
y su pestaña de greda se llena.
Despertó con revólver en la boca,
fruncida la frente, el pecho agitado;
con ojos de horror que la muerte toca.
Cual raíz muerta al árbol amarrado,
en sombra y silencio, bajo tierra y roca,
yace el jinete y su caballo alado.

?Felicio Flores.

Tanta belleza no existe

I

Existen los humanos,
perfectos e imperfectos,
libres y condenados,
valientes y atemorizados.
Vigerosos y frágiles,
visionarios y ciegos,
nefastos y flébiles,
jóvenes y longevos.

II

Existen océanos profundos,
libres y encarcelados,
limpios e inmundos,
solitarios y abarrotados.

III

Existen los campos,
fértiles y estériles,
húmedos y deshidratados,
ásperos y lábiles.

IV

Existen los cielos,
sanos y enfermos,
con júbilo y recelo,
fugaces y eternos.

V

Existe la vida,
bondadosa y cruel,
bella y terrible,
fiel e infiel.

?Felicio Flores.

Un muerto en la calle

Hay un muerto en la calle,
hallaron tierra en su pecho;
le han drenado la sangre
hasta restar un cuerpo seco.

Hay un muerto en la calle,
murió con miel en la boca;
en sus ojos, dos cristales
transmutados en dos rocas.

Hay un muerto en la calle,
lo apuñalaron con una flor;
sus fríos pétalos de carne
yacen secos bajo el sol.

Hay un muerto en la calle,
en sus manos, dos violines
lloran las notas musicales:
si menor y si la quise.

?Felicio Flores.

Usurpador

Tú que llegaste con piedras
en la mano y diez navajas,
afiladas para infundir el miedo,
con el diablo en la cabeza.

Tú que usurpaste la tierra
de la mano de un muerto,
tienes en tu frente blanca
la mancha de la guerra.

Tú que vendiste al pobre
sin cadenas, mas esclavo,
como una bolsa de piedra
en el mercado de sueños,
no eres dueño del pueblo
ni tampoco de su riqueza.

¡Levántense, hermanos,
la libertad es nuestra!

?Felicio Flores.

Te quiero antes que todo

Te quiero antes que todo:
antes que la tierra, los ríos;
el cielo, el aire y el fuego.
Te quiero porque tus ojos
?que ahora también son míos?
un día me vieron.
Entre las voces de otros,
tu voz yo prefiero.
Te quiero porque solo
sería ruido y jamás silencio,
y cuando estás conmigo,
somos dos en un solo pecho.
Te quiero antes que todo,
antes del sueño, te quiero.
Te quiero porque despierto
con ojos de recién nacido,
y te miro y te beso,
y me siento vivo.

?Felicio Flores.

¿Te quedás conmigo?

¿Te quedás conmigo si te digo que me siento
terriblemente solo y cansado de todo?
Verás, hace un tiempo, de la soledad me hice amigo;
a veces se queda diciendo cosas sin sentido
y me mira, y me recorre un frío que me llega hasta los huesos.
Otras veces grita, y por la casa pasea un eco que solo yo escucho
en silencio.

¿Te quedás conmigo esta noche si te digo que en tus brazos
encuentro asilo?

Quiero dormirme sobre tu vientre como un hijo tuyo
y, al despertar, saberte como a mí mismo.
Para entonces, la soledad se habrá ido a seguir otros pasos,
a llenar otros espacios que ya no son míos.

?Felicio Flores.

Nadie sabe que sos un ángel

Nadie sabe que sos un ángel
de alas incandescentes, nadie.
Y caminas entre las gentes,
y te ven, pero ellos no saben
que de tu espalda almibarada
nacen alas como soles,
que iluminan el mundo
como dos perpetuas llamas.
Nadie sabe que lloras solitaria
porque amas sin que te amen
y abrazas sin ser abrazada.
Tienes el don de una madre
que cura, de un beso, el alma.
?Nadie sabe que por el mundo vagas,
buscando ahogados fuera del agua?.
Yo sé de ti: te veo por las mañanas
como un espectro de luz iridiscente
sobre la gente desolada,
gente que de ti no sabe nada.

?Felicio Flores.

Yo no miento

Yo no miento cuando digo
que mi amor está ardiendo
desde mis entrañas hasta
la punta de mis dedos.

Yo me siento vivo cuando
me quedo viendo tus ojos,
como dos perlas del océano,
incrustadas en tu rostro.

Yo no miento cuando te toco.
Mentir es dejar al otro ciego,
es clavarle un puñal en los ojos
y dejarlo casi muerto.

Soy sincero cuando te digo
que te quiero, que te vivo
y que te muero, y te llevo
en mi pecho como un tesoro.

Mi boca te quiere a muerte,
mi boca que a ti sabe:

¿cómo podría no quererte?

Yo no miento y tú lo sabes.

?Felicio Flores.

Quiero quererte despacito

Quiero quererte despacito,
besarte antes con los ojos,
y dejar que se copien tus
pupilas en las mías.
No tengo prisa para amarte,
¿por qué la tendría?
Yo voy lento,
como en la mañana,
los primeros parpadeos
con la luz del día.
Podría amarte hoy,
mañana;
el mes que viene,
o dentro de unos años,
o toda la vida.
Quiero que me quieras
sin medida, porque el amor
de locos es más bonito,
pero, por favor, no tengas prisa:
quíereme despacito.

?Felicio Flores.

Me tienes en tus manos

Me tienes en tus manos,
atrapado como un pájaro
de alas heridas y pico amargo.

Yo no puedo irme volando,
aunque quiera;
porque tienes en tus brazos
la primavera.

Yo me anido en tus manos,
tus manos de enredadera;
mi nuevo hogar es cálido,
cálido como una hoguera.

No me sueltes que caigo,
caigo como una piedra;
ahora tú eres mi árbol
y tus ramas me rodean.

Yo no quiero irme volando,
aunque pueda,
porque me tienes en tus manos;
tus manos de enredadera.

Mi nuevo hogar es cálido;
cálido como una hoguera.

?Felicio Flores.

La extraña

La vi desde lejos,
la vi pasar;
azul como el cielo,
azul como el mar.
La vi desde lejos,
la vi pasar;
blanca cual hueso,
blanca cual cal.
La vi desde lejos,
la vi pasar
y guardé un beso
que en mí morirá.
La vi desde lejos,
la vi pasar;
se fue con el viento
y jamás volverá.
?Felicio Flores.

Te pido amor

Te pido amor en la hora más insoportable del día.

¿Es pedirte demasiado?

Te pido que me echés encima
todo el calor que tengas guardado.

Te pido amor cuando te vayas:
déjalo girando por la casa,
que salga y entre como el viento por las ventanas.

Te pido amor cuando sienta tu mirada lejana
y te quiera cerca.

En las calles muertas de madrugada,
en lámparas encendidas o apagadas,
en avenidas llenas o solitarias,
te pido amor, amor; leña seca
para mi corazón en llamas.

?Felicio Flores.

La muerte de la hormiga

Tan pequeña y de patas tan flacas,
y cuánto peso carga. Qué nerviosa,
nunca para: trabaja, trabaja, trabaja,
noche y día; la hormiga no descansa.
Cerca del hormiguero murió una;
creo que no habrá funeral.
Las otras hormigas pasan y la miran,
pero la ignoran, como si dijeran:
?¡Sigan, sigan; hay que trabajar!
Y así se les va la vida, yendo de aquí
para allá, marchando en fila india,
porque la noria del trabajo no puede parar.
Carga, arrastra, lleva, trae; lleva, trae...
No les queda nada a las pobres hormigas,
nada, lo fatal.
Soy como ellas al final;
pero yo no trabajo domingos y feriados.
?Felicio Flores.

Mi corazón lo sabe

Mi corazón lo sabe,
siempre lo supo;
nunca fue mío realmente,
siempre fue tuyo.
Antes de ser nosotros,
antes de amarte; mucho antes,
yo era una estatua viviente,
hueca y sin nombre,
con hambre de amor.
Mi corazón lo sabe,
lo supo naturalmente;
así como aprendió a latir,
también aprendió a quererte.
Mi corazón lo sabe:
sabe que giras en él,
como si fueras mi sangre;
estás en todas partes como el aire,
y te vivo al respirarte.
Y yo te sé,
y tú me sabes como nadie.

?Felicio Flores.

No te quiero para mí, te quiero

No te quiero para mí, te quiero.

Pero no como quiere esa gente

que aprisiona el amor en una jaula

y tira la llave en un pozo, o se la traga,

o lo seca como pasa de uva

hasta quedar sin nada.

Te quiero y, a veces, cuando no estás,

me inunda la soledad

y me recuerda lo libre que eres

y lo solo que estoy en verdad.

Puedes lanzar tu amor al mundo:

lánzalo en la tierra, en el mar,

hacia el cielo, en el viento, en el fuego;

échalo a rodar sin temor

y que vaya sin rumbo cierto,

libre como ha de ser el amor.

?Felicio Flores.

Hablo de ti

Hablo de ti:

y lleno mi boca de peces,
y quemo mi lengua,
y florece mi garganta.

Hablo de ti:

de tu belleza sin máscaras,
de tus ojos que lloran miel
por amargas lágrimas.

Hablo de ti:

te llevo como bandera,
eres mi patria y mi frontera
y la paz de mi alma.

Hablo de ti:

le hablo de ti a Dios
cuando estoy en guerra,
hablar de ti es hablar de amor.

?Felicio Flores.

Yo estuve en una celda

Yo estuve en una celda
y dibujé la libertad
con los dedos en la pared:
campos, ríos, cielos y mares
que allí soñé, yo los dibujé.
Tuve el verde del campo en las pupilas,
el agua del río en la lengua;
el cielo en las manos malheridas
y el mar infinito bajo los pies.
Endurecí el acero de la piel
para que el azote de la tristeza
no me desgarrara la vida
como un pedazo de papel.
Fui el arquitecto de mi fuga
y abrí las puertas una a una,
pero cada noche, al cerrar los ojos,
en la celda dormiré.

?Felicio Flores.

Quisiera tenerte detrás de mis párpados

Quisiera tenerte
detrás de mis párpados,
para verte cuando estén cerrados
y llevarte en mis ojos
como si fueras tu retrato.
Cuando estoy solo, solo
de mi carne, de mis huesos,
de mis labios secos y olvidados,
tu boca me llama y la llama
de tu boca me llama también.
Cómo quisiera guardarte en mi boca
para besarte cuando no estés.
Qué solitario es el espacio
cuando no estás en mis brazos
y te extraño, y muero de ambos,
y me duermo solo y pensando:
quisiera tenerte detrás de mis párpados.

?Felicio Flores.

La máscara

Uno deja en casa la máscara que no quiere que el mundo vea:
colgada en la pared, sobre una silla llena de ropa; en la mesa de la cocina,
o en algún lugar donde ningún ojo la pueda ver;
ni siquiera el de los ciegos.

Lo cierto es que allí se queda una parte de uno, y uno ya no es
uno mismo en su totalidad.

Todos los días, el mismo rostro con una máscara diferente.

Hay que tener el espíritu fuerte para que todo te afecte y nada te altere.

También hay que tener una lengua resistente
y una mente estable para escucharse todo el día.

Cuando uno regresa a casa exhausto de actuar tanto,
se pregunta qué tan bien lo ha hecho,
sentado en el sofá de la sala, mirando el techo.

Uno se pone la máscara verdadera y, por fin, es uno mismo,
sin que nadie lo vea; por supuesto.

?Felicio Flores.

La justa medida

Si te doy amor ahora,
dentro de un instante,
o cuando me lo pidas
y sientas que te falta el aire,
porque tu lengua inquieta arde,
quemando la lengua mía,
¿sería esa la justa medida para amarte?

Si te doy mi sombra
para acompañarte,
si te doy en bandeja mi vida,
mi sangre, mi alma, mi carne;
mi aire por el resto de mis días,
¿sería esa la justa medida para amarte?

Si me voy ahora,
dentro de un instante,
o cuando me lo pidas
y ya no soy nadie
y desaparezco entre las gentes
y finalmente me olvidas,
¿sería esa la justa medida para amarte?

?Felicio Flores.

¿Has visto a la tierra llorar?

¿Has visto a la tierra llorar?

Cuando la tierra llora, se reseca, se agrieta,
y amorfas baldosas se forman,
separadas por pequeños ríos sin agua.

Como un rompecabezas que nunca se completa,
siempre verás las grietas a unos centímetros de distancia
entre sí, desesperadas por ser un pedazo de tierra
unido de vuelta, pero la fuerza no les alcanza.

A mí me apena ver a la tierra así: llena de nada,
con olor a muerte y resquebrajada.

Aún quedan algunas plantas,
las más tercas, que se rehúsan a abandonarla.

Pobre tierra, ni la lluvia la salva.

Llueve muy poco, casi nada; no basta.

Se está convirtiendo en un cementerio:

hay cadáveres de animales, grandes y pequeños,
que son absorbidos por ella hasta los huesos.

Llora sola, llora sola;
pobre tierra seca y sola.

Parece que va a morir de un instante a otro, como una gota.

Va a morir sola, va a morir sola;
como todo sobre ella.

?Felicio Flores.

Llora si quieres llorar

Llora si quieres llorar,
la fuente de lágrimas
es inagotable.

Es como tener el mar
condensado en los ojos
y vaciarlo poco a poco,
pero jamás del todo.

Llora si quieres llorar,
a gritos o en silencio;
que tus lágrimas de sal
las seque el viento
de tu rostro o del suelo,
y que las borre el tiempo
del recuerdo sin consuelo.

Llora si quieres llorar,
exprime tus ojos como
limones en una taza de té;
nadie llora por siempre,
amor mío, nadie;
por más triste que esté.

?Felicio Flores.

Hagamos una cosa...

Hagamos una cosa: yo fingiré mi muerte
cuando la extrañe a usted. De esa manera,
estaré sepultado por algunos días.

Los gusanos de la soledad se comerán
la melancolía hasta el día de mi resurrección.
Usted puede despertarme con un beso o dos,
o, si prefiere, hablarme bajito al oído del corazón.
Yo le recomiendo el primer método,
lo considero más efectivo para dicha situación,
pero usted decide.

Mire, hagamos lo siguiente:
cuando llegue, diríjase a mi habitación y despiérteme.

Hágalo como quiera, pero hágalo.

Yo morí momentáneamente por usted,
pero, si no regresa, moriré de veras.

No me deje morir sin verla nuevamente,
o quedaré atrapado en una pesadilla:
una en la que usted se va y no regresa.

Eso me preocupa más que la muerte.

?Felicio Flores.

Algo sobre el amor

El amor cabe:

en la palma de la mano, entre los dedos;

en la llamarada de las almas

bajo la piel, entre los huesos.

Es un lenguaje de locos y de ciegos,

de pájaros volando alto y cayendo al suelo,

algunos vivos y otros muertos.

Nace en silencio,

en el pozo de la soledad que llevamos dentro,

y estalla como una bomba de pétalos en un mar de fuego.

Está en todas partes:

en el cine, en los parques, en los tranvías,

en todas las mujeres y hombres que lo necesitan.

No es de nadie, como el aire se respira

y se siente como una dulce herida que nunca cicatriza.

Es la lámpara del mundo de llama infinita

y brota como una flor dorada de la raíz de la vida.

?Felicio Flores.

Estoy solo y lleno de ti

Estoy solo, como las calles a última hora de la noche,
preguntándome: ¿es posible extrañarte más?

En la jaula donde aún retengo tu recuerdo, dolorosamente,
te siento mía; mía como mi sangre, mi melancolía.

No sirve, es cierto; estás distante, perdida,
y una parte de mí muere día tras día.

Yo ya no quiero estar acá, en la oscuridad de mi cuarto;
estoy solo con tu retrato en mis manos, pensando:

¿Cuándo regresarás? ¿Cuándo?

?Felicio Flores.

¿Quién le dará cuerda al reloj?

El sonido del latoso segundero
me mantiene, ausente, en vilo.
Bajo el velo nocturno del cielo,
el tiempo vela el insomnio mío.
En un suplicio de sueño tardío,
ruego a los dioses por sueño,
suplico a Tánatos e Hipnos
que cierren mis ojos negros.
Fluye mi hastío cual río
atravesando el infierno:
Lete, Aqueronte, Cocito,
Estigia, Flegetonte... ¡no duermo!
Cuando irrumpa mi piel el frío
y el silencio envuelva mi cuerpo,
y yazga sobre el suelo umbrío,
¿será el fin del tormento?

?Felicio Flores.

Ojos, nariz, labios

Y sabemos, sin hablarnos,
que están nuestros labios
a dos manos de amarse,
cuando me miras
y de vuelta te miro.
Los ojos parecen volarse
como palomas mensajeras,
y, en el preciso instante,
se besan antes que nuestras
lenguas puedan sentirlo.
Moriremos lentamente
por la boca, enamorados,
asfixiados por un aire
caliente que va y viene
y se renueva de continuo.
Seremos los amantes,
los que tienen amarrado
al amor en las falanges;
los que besan sin tocarse
con los ojos enardecidos.
?Felicio Flores.

La hija del río

La hija del río,
y sus manos de tierra,
pescan grises peces.
Su aire amarillo, agreste,
gira el aspa de un molino
y muele trigo y avena.
Llenos sus pies de sol,
y su cuerpo de cereales,
llega a la casa cansada,
quita su ropa empapada
y seca su cuerpo de flor,
adornado por lunares.
La hija del río,
y sus piernas de hierbas,
siembran y cosechan.
Llueven siete monedas,
y florecen sus bolsillos,
como la primavera.

?Felicio Flores.

Yo guardo un beso

En un beso yo guardo
todas las palabras de amor
que para ti he reunido
y aún no he pronunciado.
De mi lengua para tu lengua;
de mis labios para tus labios.
Yo guardo un beso
para tu llegada y también
para cuando te hayas ido,
y lo retengo dentro mío,
como un pájaro enjaulado.
De mi lengua para tu lengua;
de mis labios para tus labios.
Y en tus ojos oceánicos,
y en las raíces de mis brazos,
y en tus dulcísimas manos,
y en mi corazón enardecido.
De mi lengua para tu lengua;
de mis labios para tus labios.

?Felicio Flores.

Capítulo Glíglíco

*Apenas él le amalaba el noema,
a ella se le agolpaba el clémiso y caían en hidromurias,
en salvajes ambonios, en sustalos exasperantes.*

Julio Cortázar

Yo le amansalaba la vasila
con la punta de la visola,
envuelta en rosas y ampolas.
Ella se amonotaba sobre mí,
como una safiera engalocipada.
Yo tenía la sed de un gáfruno,
y el hambre de un ávida.
Ella, el fuego del sóplano
incrustado en sus pietrizones
y la furia tormielada
en medio del bulboceráseo.
Su mano en la mía supretada,
los cuerpos entrepalados;
los dedos en la sicumbra de la boca,
dibujándola una y otra vez
hasta el crémbulo
de un beso engalapitajado.
Yo subjeaba sus muslos
de tierra hendulia y perfumada,
y ella, en mi escaparalda,
hundía sus uñimerías
y me decía que me amaba
con los ojos enhamparados.
Yo la quise y ella me quiso
hasta el fin de los cariompes.
Juntos fuimos una estriope;
una sola carenola,
un solo beso de buenas noches.

?Felicio Flores.

Pecho de miel

*Muchacha pechos de miel,
no corras más, quédate hasta el día.*

?Luis Alberto Spinetta.

De tu cuerpo albugíneo brotan,
dos rosas lechosas sin pétalos.
En tu pecho, de rebelde paloma,
que nadie doma salvo el viento,
reposan los agraciados aromas
de fronda de tu suelo ubérrimo.
En tu cuerpo, la llanura verdosa,
y silenciosa aguarda el airecillo
que nace primoroso de mi boca
y toca tu pecho de miel dormido
bajo el vestido vaporoso y rosa.
¡Ay, qué pequeños brotes nacen
sobre tu carne de Afrodita!
Sin prisa, como la brisa de tarde,
acariciando las colinas.
Así crecen, en tu pecho indomable,
de paloma, las rosas de la vida.

?Felicio Flores.

Yo sueño

Yo sueño con ser tu patria,
sueño con ser tu bandera;
yo sueño que soy democracia
y de tu país soy la frontera.
Yo sueño con ser tu paz,
sueño con ser tu guerra;
yo sueño que soy libertad
en el fango de la trinchera.
Yo sueño con ser tu cielo,
sueño con ser tu tierra;
yo sueño que soy viento
en las llamas de tu hoguera.
Yo sueño con ser tu luz,
sueño con ser tu tiniebla;
yo sueño que soy la cruz
que a tu pecho consuela.

?Felicio Flores.

Entre nosotros no hay adioses

Entre nosotros no hay adioses,
hay instantes de silencio.
Cuando estoy solo y me siento hueco,
vuelve el eco de un recuerdo:
un beso que dejaste
y reverbera por mi cuerpo.
Si faltas, me falta el alimento,
porque tú eres mi pan de cada día
y eres el agua que bebo.
Esta casa vacía conmigo adentro
es un laberinto de espejos,
mi ataúd sin estar muerto.
Entre nosotros no hay adioses;
estamos atados como el reloj al tiempo.
Guardé mi corazón en tu pecho,
envuelto en coraza de acero,
por si te sientes sola o tienes miedo
cuando estás lejos.
Entre nosotros no hay adioses,
hay instantes de silencio
y no habrá Dios ni habrá muerte
que nos separe a los dos.
Tan solo habrá amor;
tan solo amor, siempre.
?Felicio Flores.

Solo

I

Solo como vine al mundo;
como he de caminar.
Aunque conozca hombres
de arcilla y mujeres de barro,
estaré solo de mis huesos
y seré un segundo que el tiempo
recordará como uno entre tantos.
Así son las almas sin raíces
y los corazones que vuelan
de un lado a otro sin dejar rastro.

II

La soledad es la hermana gemela
del silencio, que hiela la lengua,
quema la boca y hace sangrar
las palabras que no pronunciamos.
Esa sangre amarga nos envenena
las venas y nos condena
a vivir con los labios cerrados,
como una puerta con siete llaves,
cadena y candado.

III

Solo como vine al mundo;
como he de vivir, solo.
Sin embargo, esta noche
quisiera alguien a mi lado...
aunque sea para verme morir.

?Felicio Flores.

La cárcel

I

Hay cárceles lúgubres llenas de ciegos,
sordos y mudos deambulando.
Les crecen hongos en los brazos
y caminan arrastrando los pies gangrenados,
con la espalda curvada como un arco.
Algunos tienen una soga amarrada
al cuello y se suicidan a diario.
Otros son cáscaras vacías, hogar de gusanos.
El viento de la vida pasa por ellos
como por dentro de un hueco árbol,
y se va y regresa, pero jamás se queda para resucitarlos.
Para caminar entre ellos:
hay que estar ciego para mirarlos,
sordo para escucharlos y mudo para ahuyentarlos.
¡Pobres almas, por las calles desoladas vagando
en el corazón de la ciudad de los desahuciados!

II

Sin embargo,
hay cárceles de tierra fértil y ríos acaudalados.
Ah, vastedad de trigo que pinta el campo de dorado.
Ah, inmensidad del cielo immaculado
donde la luz es dibujada por los pájaros.
Ah, la vida que brota de las manos
de los hombres de barro.
Hay cárceles con gente de pies enraizados
y florecen con la fragancia del océano,
y resucitan a los sueños ahogados
y a los naufragos olvidados por la luz del faro.

III

Hoy vi niños inmortales con el cielo
en los ojos y el sol en los párpados,
tenían hambre de libertad como los pájaros enjaulados.

Un día subirán como una torre, tan alto
que ninguna cárcel será suficiente
para impedir su afán de irse volando.

?Felicio Flores.

Amiga mía

Amiga mía, una palabra basta para alegrarme el corazón.
Es crónica mi melancolía, lo sabemos los dos.
Ninguna receta médica me funciona a estas alturas
de la vida. No importa; ya no.
Me duelen los huesos en los días húmedos,
y me duermo con libros encima.
Estoy viejo. No lo digo yo: lo dice mi piel arrugada,
mis camisas, y también el reloj,
mis pasos lentos, que siempre llegan atrasados
a todas partes y a ningún lado.
Lo dicen mis manos, que dejan recuerdos
olvidados en algún cajón.
Tomo medicamentos cada ocho horas,
que surten efectos primarios y secundarios sin previo aviso,
pero los tomo igual, porque el médico así lo dijo.
Amiga mía, ven a pasar un fin de semana conmigo.
Puedes traer a tu perro, para que juegue con el mío.
Hablaemos de cosas irrelevantes, pero estarás cerca
y no distante, y eso me hará bien.
Seguramente a ti también.
Espero tu respuesta.
Sabes que en casa la puerta siempre estará abierta para ti.
Te mando un beso y un abrazo.
P.D.: No olvides traer los calcetines que tejiste para mí.
?Felicio Flores.

Quizá (Cobardía)

Nos cruzamos algunas veces en el pasillo,
en silencio; nunca nos vimos realmente.
Quizá algún día levante la cabeza
y reconozca tus ojos como si, alguna vez, antes,
los hubiera visto en alguna parte.
Quizá tú me veas indiferente
o pienses en querer quedarte
en mí un instante, un tiempo,
algunos años o toda la vida.
No lo sabré hasta tener tus pupilas en las mías,
no lo sabré; quizá algún día.
Quizá lo intente mañana o pasado mañana,
o alguna tarde que considere propicia,
o quizá solo me quede pensando, solo,
en lo que pudo haber sido y no fue,
porque no te miré y tú no me miraste.
O quizá lo hiciste, y nunca lo sabré.

?Felicio Flores.

Debo decirle adiós, compañera

Debo decirle adiós, compañera.

Es lo mejor para los dos, aunque no quiera.

Usted sabe cómo es esto del corazón:

cuando no late como la vez primera,

en que la llama arde sin apagarse ni un día siquiera,

hay que recogerlo de la ceniza que queda

y lanzarlo al viento, porque el amor es un pájaro que vuela.

No sé de quién la culpa sea,

si mía, suya o nuestra.

Pero a veces las raíces del amor se secan,

y la tierra se vuelve amarga y enferma.

La quiero tanto, compañera,

a veces más que a mí mismo,

más que a cualquiera.

Quizá algún día mire a otro y, al mirarlo, me vea.

Le vendrá una sonrisa al rostro

y, aunque ese hombre crea

que fue para él, usted sabrá que no lo era,

pues dentro suyo mi amor,

en secreto, aún reverbera.

?Felicio Flores.

El hombrecito de arcilla

Puedes moldear un hombrecito de arcilla a tu antojo,
hecho por tus manos, para tus ojos.

Podrás darle vida y, cuando quieras, matarlo;
lo arrojarás al jardín del universo para observarlo.

Pero, una vez salga de tus manos, no podrás controlarlo.

Cuando enferme, no podrás curarlo;
no estarás cuando ría, y cuando llore, no podrás consolarlo.

No estarás cuando caiga para levantarlo; no podrás tocarlo...

No sabrá que existes ni que tú lo has creado.

No sabrá de dónde viene ni adónde van sus pasos.

Forjará su espíritu y su alma,
y el hombrecito de arcilla se hará humano.

?Felicio Flores.

Ahora pienso en ti

Ahora pienso en ti...

Trazo las líneas de tu cuerpo sin mover mis manos.

A estas horas, aquí,

no hay más que postes de alumbrado,

y calles vacías y besos olvidados.

Deberías estar entre mis brazos,

tú, en carne y hueso, no en portarretratos.

Este cielo de Santana es opaco y arrugado,

y la noche estrangula el sueño bajo mis párpados.

?El tiempo corre como un río acaudalado cuando te extraño?.

En tu ausencia, mutilado,

me dejo caer como plomo en el fango.

Hay tanta soledad en este cuarto

que el silencio se suicida,

y se desangran en mi garganta

las palabras que no he pronunciado.

Mañana despertaré esperanzado,

alegre, como una brasa, esperaré por tus labios:

por ti, solo por ti, mujer de ojos soleados.

?Felicio Flores.

Tú también la amarías

*Y por eso, perdóname, Señor, porque es tan bella,
que tú que hiciste el agua y la flor y la estrella,
tú, que oyes el lamento de este dolor sin nombre,
¡tú también la amarías, si pudieras ser hombre!*

?José Ángel Buesa.

¿Cómo no amarla?

Perdón, señor, perdón:

fue un pecado quererla,

aún siendo de otro hombre,

y haberla tenido sin tenerla

por una noche de pasión.

¿Cómo pude amar así?

Como si el pecho no bastara

para contener al amor

y se tuviera que abrir

como se abre una flor.

Aunque fuera clandestino,

así lo quisimos los dos,

y ahora restan cenizas

de lo que el fuego consumió.

Aquí y ahora, de rodillas,

le reitero mi perdón,

aunque no alcance la vida

para olvidar lo que sucedió.

Si nos volvemos a cruzar,

no me sigas, por favor,

o no habrá perdón divino

que tolere otra traición.

?Felicio Flores.

Recordatorio

La vida es un poema
escrito por tus manos
y recitado por el tiempo.
Cuando parezca en vano
y nada parezca cierto,
y te ahoguen las penas,
resérvate un momento
y recuerda esto:
La tinta es permanente,
no se escribe dos veces;
no se borra el ayer...
Mañana no existe,
con suerte, tal vez.
No seas tan exigente,
porque es una estupidez;
opta por la sencillez.
Si acaso te lastiman,
no demores en perdonar;
no guardes rencor...
Las heridas van a sanar,
aunque parezca que no.
No te llenes de ira,
no amargues el corazón,
y pide más veces perdón.
Arriésgate un poco más,
no temas al fracaso:
celebra derrotas y victorias.
Ábrete camino paso a paso,
así se alcanza la gloria,
sin importar el qué dirán.
No te apures tanto,
vive más despacio.
Enamórate sin miedo,

no reprimas sentimientos;
no guardes dentro
lo que grita el pensamiento.
No dejes pasar el momento
de un "te amo" o un "te quiero".
No vivas de arrepentimientos,
no vivas solo en sueños.
Cuando parezca en vano
y nada parezca cierto,
y te ahoguen las penas,
resérvate un momento
y recuerda esto...

?Felicio Flores.

Yo prospero en el caos

Se agrieta la pared,
cede el cemento,
y el sol de mi cuarto
teje la luz
en mis ojos ciegos.
La casa de cera
huele a encierro,
a polvo y a miedo.
La piedra que sangra
bajo mi almohada
me quita el sueño.
Mi cuerpo gira
sobre su eje partido
en la cama de espinas
y pájaros muertos.
La moneda del cielo
es del mundo el espejo;
la guardo en mi bolsillo
como un amuleto.
Muerde mi lengua
el silencio,
y sangra mi voz
en los hilos del viento.
Soy la energía
de miles de soles
en el universo.
Yo soy mi Dios
cargando mi cruz,
y en la oscuridad
también soy mi luz.
Yo soy tan solo
el choque de polos
opuestos.

Del caos provengo
y en él prospero.
?Felicio Flores.

Te guardo en mis ojos

¿Qué tengo en tu ausencia,
sino esta cama de vidrio molido?
Estás lejos, como el olvido,
y soy ese: desgarrado, partido;
fragmento de un recuerdo
detrás de los ojos en vilo.
¿Por qué tengo un rostro
que no es el mío?
¿Quiero llorar, pero estoy vacío?
A todas horas me desgarró,
me desangro; muero y revivo.
La noche huele a podrido,
y en la cama giro, giro,
y te guardo en mis ojos
para quedarme dormido.
?Felicio Flores.

Padre

¿Qué quieres que entienda?
¿Que es natural perecer?
¿Si es inmortal el amor,
también lo es el ser?
¿De qué me quiero convencer?
¿A quién le quiero mentir?
No te puedo mentir a ti,
que tienes los ojos sobre mí.
Padre, quisiera saber:
Si te abandono, ¿me abandonas también?
¿Quién muere antes, ahora o después?
¿Hay favoritos?
¿Nos eliges a todos?
¿Cuál es el motivo?
¿Qué planes tienes para mí
que aún no he comprendido?
¿Pago por mis pecados o por los de todos los vivos?
¿Me recuerdas si te olvido?
¿Amas por igual a tus hijos?
¿Por qué muero? ¿Por qué vivo?
Padre, llévate mi angustia;
arráncala de cuajo
y arrójala al río del olvido.
Quiero vivir en paz,
quiero morir en paz,
conmigo y contigo.
?Felicio Flores.

Cuando te trague la tierra

Cuando te trague la tierra,
todas mis palabras serán en vano.
Le hablaré a tu cascarón vacío
y lamentaré todos mis reproches,
deseando que regreses conmigo.
Sin que me escuches, te diré cuánto te amo,
y sin que me veas, lloraré todo un río.
Extrañaré tu sabiduría, tu cocina, tu risa,
el olor a cigarrillo que tanto me molesta,
tus postres sobre la mesa,
llevarte el té por la noche a la cama
o dejarte el mate listo por la mañana.
Saldré a trabajar y, al regresar, estaré solo en casa.
¿Siempre me gustó estar solo, sabiendo que estoy acompañado?
Estarás a mi lado sin estar,
y el aire ocupará el espacio que tú solías ocupar.
Me enojaré conmigo mismo, con Dios,
con la vida, contigo... pero todo será inútil.
Cuando te trague la tierra,
y estés distante en algún lugar,
pensaré: ¿por qué, al tenerte cerca,
no te dije más veces que te amaba, mamá?

?Felicio Flores.

Fragmentos de tiempo

El tiempo no perdona:
los recuerdos se oxidan,
se suicidan, se mutilan,
se asfixian, se olvidan...
¿Adónde van? ¿Adónde?
No resucitan, no insistas...
No pueden. No vuelven.
No quieren, se marchitan;
se pudren y mueren,
aunque les sople vida.
Se arruga la piel
de la memoria;
la mente caleidoscópica
fragmenta los días.
El vórtice del caos gira
y comprime la historia;
la triza, genera copias,
posibles vías...

*

La casa grita
lo que calla la boca
llena de hormigas.
Si yo pudiera,
retrocedería
hasta el instante
en que Dios
me arrancó la costilla,
hasta el momento
en que su aliento
te hizo mía.

?Felicio Flores.

Cuicatl tl?huiyo

Volvió el sol
a la casa
de los pájaros
de acero,
y la luna a la cama,
como anzuelo de hueso.
Atravesó la boca
del sueño, un beso:
la noche es larga
como un bostezo
desde la sangre
hasta el alma.
Sobre el techo,
de un aletazo,
una mariposa de alas
de oreja de elefante
cubrió el cielo.
Hoy cantará
el faisán
en mi lengua.
Huehucóyotl
oirá el aire oscilar,
como cuerda
en mi garganta.
Yo,
que soy León
y ciervo,
que soy polvo
y agua,
dejaré estos versos
en la casa
de las montañas
de los sueños.

?Felicio Flores.

Un buen amor

Para decirle todo,
deberíamos estar a solas...
Pero temo que,
en ese intervalo de tiempo,
usted se enamore de mí,
o, peor aún,
yo me enamore de usted.
Y eso sería terrible,
porque entonces
andaría como una hormiga loca,
o como un pájaro de alas rotas
en una jaula abierta.
Entonces me callo...
Y me duele la garganta,
se me tuerce la lengua,
trago las palabras,
y la saliva me quema.
No sé si usted lo sepa,
pero un buen amor,
que arranque la raíz de la congoja,
siembra en el pecho un jardín
que florece en la boca.
¿Estaría dispuesta, una tarde cualquiera,
a regar las flores en casa?
No responda ahora.
Si le parece bien,
le daré una semana:
tiempo suficiente
para armarme de valor
y besarle con el alma.
?Felicio Flores.

¿Por qué abriste la jaula?

Ahora un pájaro picotea mi pecho.
No lo quiero... llévatelo.
Temo sostenerlo en mis manos
y lastimarlo con besos.
No lo quiero... sí lo quiero.
Yo estaba bien solo,
y ahora me arde la piel cuando te veo.
Desordenaste mi casa.
No como, no bebo,
no duermo: sueño.
Pienso... te pienso.
No quiero esto.
Me aterra.
Me desequilibra.
¿Qué me has hecho?
¿Por qué, cuando te veo,
florece mis pupilas?
Tengo miedo.
¿Y si te vas un día?
¿Y si me olvidas?
¿Si me imagino una vida
y luego despierto?
No... no quiero.
Quiero arrancarme
de raíz el pensamiento
de estrecharte
hasta mi sangre,
de morirme en tu boca,
con un beso.

?Felicio Flores.

El nudo

Si pudiera desatar
el nudo ciego
en mi garganta,
palabras saldrían
como flecha hacia tus oídos.
Vivo sumergido
en tus ojos
de hermosura maligna.
Me ahogo, floto.
Muero de tristeza,
renazco cada día
porque me llama tu vida
como el pan caliente
a la mano hambrienta.
Si pudiera arrancarme
las flores que sembraste,
tal vez sin intención,
las pondría en el patio,
las cuidaría de lejos,
y dolería menos
esto que llaman amor.
Pero es tarde. Arde,
como volcán en erupción,
me despedaza de a poco
este tormento.
Mi lengua se aviva
cerca de tu boca;
y mis manos te buscan
como palomas
queriendo anidarse
entre tus dedos.
Así retengo
esta bomba de flores

entre mis labios,
que quieren amarte
y no pueden hacerlo.
Y me apago,
lentamente,
como una brasa
cerca del fuego.
?Felicio Flores.

Ríe

Ríe,
y tu aliento
traerá la primavera
a las hojas de un árbol.

Ríe,
que el campo seco
ansía la flor
y un lago perfumado.

Ríe,
que tu cuerpo,
labrado en poesía,
es alegría y encanto.

Ríe,
y el Edén entero
brotará en tu boca
y en mis labios.

Ríe,
porque quiero
ver tu sonrisa
cuando esté llorando.

?Felicio Flores.

Rima I

Qué beso
anidó en mi cuello,
como un pájaro herido.

Qué beso
me quedó enjaulado
en el pecho, Dios mío.

Qué beso
de picaflor sediento
abrió la flor del estío.

Qué beso
giró en mi boca,
tan dulce, tan tibio.

Qué beso
me llevo a la cama
esta noche conmigo.

Qué beso,
de esos hermosos,
de esos prohibidos...

?Felicio Flores.

Rima II

*Y cuando asomas
suenan todos los ríos
en mi cuerpo, sacuden
el cielo las campanas
y un himno llena el mundo.*

?Pablo Neruda.

Mía,
quisiera besarte
con todo mi cuerpo
y al hacerlo,
sonar las campanas del cielo.

Y besarte de nuevo,
ardiéndonos la vida,
como si cada día
fuera el primero.

Mía,
el mundo principia
en tus manos de alfarera,
suaves como las uvas,
dulces como la tierra en la vendimia.

Mía,
hacia ti emigran
mis pájaros en bandada,
y sobre tu cuerpo
y sobre tu alma se anidan.

Ah, Mía,
ayer y hoy,
mañana y siempre.

Siempre Mía.

Siempre.

?Felicio Flores.

Rima III

¡Oh, Dios mío, ella me ama!
Su cuerpo vibra junto al mío
cuando su boca en la mía estalla
y en un beso nos fundimos.
Somos agua de un mismo río,
dos chispas en la misma llama.
¡Ella me ama, oh Dios mío,
cuánto amor cabe en el alma!
Ella se lleva mis suspiros
y los guarda bajo su almohada.
¡Ella me ama, oh Dios mío,
dame otra vida para amarla!

?Felicio Flores.

Rima IV

*Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán.*

?Gustavo Adolfo Bécquer.

Volverán heridos de amor,
tus pájaros hasta mis brazos.
Haré mío su eterno dolor
y lo haré florecer como nardos.
Volverán a dormir en mi pecho,
buscando asilo bajo el rocío.
Volverán, amor mío, a su tiempo,
como lágrimas vuelven al río.
Volverán a vibrar como liras,
sus armonías primaverales.
Y en mí brotará la poesía,
y en ti los ecos celestiales.
Volverán indomables al viento,
a girar con la luz en las alas.
Subirán a besar nuestro cielo,
y a posar su fulgor en mi alma.

?Felicio Flores.

Rima V

Eres lámpara del mundo
en la garganta de la tierra.
Eres esa: furiosa tormenta,
marea revuelta; cielo oscuro,
ira de Neptuno que estrella
barcos contra piedras.
Eres, en el alma, un pulso
que en el corazón reverbera.
Eres esa: voluntad pétrea,
osada guerrera; cuerpo desnudo,
lanza y escudo de guerra,
de inquebrantable fuerza.
Eres raíz, árbol y fruto,
y de ti todo se alimenta.
Eres llama perpetua,
luz que ciega; pájaro nocturno,
musgo y madera, eres esa...
sangre de mis venas.

?Felicio Flores.

Rima VI

Si yo me fuera, hijo mío:
a vivir lejos de esta tierra,
tumbado en el suelo frío
y seco como una madera,
no quiero que llores un río;
más bien ríe en tu tristeza.

Si yo me fuera, hija mía:
a volar a un lejano cielo,
un pájaro sería, y un día
me verías en pleno vuelo,
y a tus ojos yo volvería
y me anidaría en ellos.

Si yo me fuera, amor mío:
a vivir la eterna oscuridad,
llena de un inmenso vacío,
abrazado por la soledad,
recordaré a nuestros hijos
y días de gozo volverán.

Si yo me fuera: los llevaría
en la memoria enraizados,
y en mi jardín flores serían,
y florecería en cada árbol
el amor, y tendría la dicha
de nuevamente amarlos.

?Felicio Flores.

Rima VII

*"En la vastedad del espacio y en la inmensidad del tiempo,
mi alegría es compartir un planeta y una época contigo"*

?Carl Sagan.

No hubo principio ni fin,
siempre estuvo ahí,
como el tiempo...
Este amor, ardiendo
en mis entrañas,
como una llama perpetua,
avivada por tu aliento.
Tus manos tejen galaxias
bajo mi almohada
y constelaciones
sobre la cama
en que duermo.
¿Quién, sino Dios,
para gentil encuentro?
Quizás tú y yo
seamos una pintura
sobre el lienzo
del universo.
El eco del pulso
de otro mundo
reverberando
en nuestros cuerpos.

?Felicio Flores.

Rima VIII

I

Quiero lo que a nadie le entregas,
lo que nadie quiere: tu cólera,
la pólvora que estalla en tu grito;
tus lágrimas de cristal derretido
y el río de vidrio que trae tus penas.
Yo lo quiero porque te quiero.

II

Quiero de la atmósfera
que envuelve tu cuerpo,
el aire apretado y venenoso
y el frío del sol negro
resplandeciente en tus ojos.
Quiero el azufre de tu aliento
y el agrio de tu lengua torturada.
Tu boca, que triza palabras y besos,
la quiero en mi boca enamorada.

III

Seré el martillo,
el cincel y el puntero
en tu piel de marfil al fuego.
Sellaré grietas en tu mente,
sangraré tus heridas;
moriré tu muerte
y tú respirarás mi vida.
Quiero hacer contigo
lo que la tierra hace con la semilla.

?Felicio Flores.

Rima IX

I

Como si fueras Eva,
la madre del mundo;
hecha de mi costilla
para mis manos.
Siempre estuviste en mí:
antes de ser nosotros,
ya éramos,
ya estábamos.
Tú dormías
en mis sueños,
y cuando abriste los ojos,
yo también desperté a la vida.

II

Levántate, Eva:
come de mí,
bebe de mí;
llévate la mitad del amor
y guárdalo en tu vientre.
Haremos un hijo
y será nuestra semilla
en la tierra fértil,
y será puro como tú,
que eres paz y luz
resplandeciente.
Quiero florecer
mirándote a los ojos
y verme al verte.
Ámame, Eva;
aquí y ahora,
el tiempo no existe.

III

Sentí sed

y bebí de tu boca,
sentí hambre
y comí de tu carne.
Tú, hueso de mis huesos;
eres mi vida y mi muerte.
Ayer, hoy y siempre.
La voz de tu sangre
llamó la mía,
y mi espíritu ardió;
y cada día
dentro de mí se repitió
la eterna llama
de tu amor.

IV

Volvamos
al aliento de Dios,
juntos los dos
como un solo cuerpo.
Estarás en mi piel
y en mi alma
por los siglos
de los siglos.
Pan y vino,
carne y huesos;
del polvo vinimos
y al polvo volvemos.

?Felicio Flores.

Rima X

I

Los años de mi vida te busqué.
Atravesé montañas de hierro y bronce,
ríos de fuego y mares de sangre.
Fuiste, en la garganta de la noche,
mi lámpara de aceite inagotable.
Te forjé como mi daga,
para caminar entre hombres como alacranes,
y para caminar entre mujeres como serpientes;
te forjé como mi espada.
Semilla del mundo, bienaventurada;
espíritu inquebrantable.

II

Vi el rostro del abismo insondable:
tenía los ojos ciegos, la nariz partida,
la boca llena de espinas y llagas
que sangraban al mirarle.
Caminé por tierra de vivos y de muertos
que helaron hasta los hilos de mi sangre.
Para sobrevivir, mi corazón echó raíces al suelo
y floreció como un árbol de acero con hojas de alambre.
No sucumbí a los cuervos de la melancolía,
en la noche, picoteando mi carne.

III

Entonces, tu sol, en un lento bostezo,
abrió sus párpados flamantes,
y me ardió la vida en el alma.
Cada día se repitió dentro de mí
ese fuego inapagable.
Y mi llama trepó por el aire
y quemó todo a su paso;
y en la lejanía, tu llama llamó a la mía,
y allí terminó su viaje.

?Felicio Flores.

Rima XI

Me dueles,
quizá porque, en la primera
generación del hombre,
te arrancaron de mis costillas.
Yo soy el egoísta, el terco,
por creer que eres mía;
por pensar que es cierto
que, en verdad, me necesitas.
Me dueles,
en los huesos y en la carne,
y en el alma me dueles.
En la tierra que pisas
y en el aire que respiras.
Antes, ahora y después;
en cada instante me dueles,
abierta como una herida.
Me dueles,
y soy yo el que muere,
el que persigue tu sombra;
el que te necesita,
el que respira tu aroma
cuando estás ausente
y siente tu recuerdo
como una caricia,
para que no duela tanto,
no duela tanto la vida.

?Felicio Flores.

Rima XII

Amor mío, te extraño tanto:
desde los pájaros callados
hasta los árboles penados,
desde la risa hasta el llanto
reposando entre párpados.
Te extraño, me vuelvo torpe,
una tierra amarga, sin flores.
Mis ojos, como opacos soles,
son luz débil en el horizonte,
sepultureros entre faroles.
Amor, te extraño y me duele;
me duele que estés ausente.
Me duele caminar entre gente
y no verte, sino ver la muerte
con la piel mutilada e inerte.
Te extraño, amor, te extraño.
Lo dicen mis labios, mis manos;
mi cuerpo solitario, náufrago.
Ansío estar entre tus brazos,
regresa, amor mío; te extraño.
?Felicio Flores.

Rima XIII

¿Acaso nuestro amor murió de sed
a la orilla de nuestras bocas?
¿Dónde está? ¿Adónde fue?
¿Qué mano surca el mar de tu piel?
¿Qué pesar me hunde y me ahoga,
con una soga atada a los pies?
El amor que horadaba la sien
con la miel en la saeta silenciosa,
ha muerto amargo como la hiel.
Se apagó como en el ciego mi tez;
¿qué ojos velarán por mí ahora
que mis ojos hundidos no ven?
¡Oh muerte!, llévame de una vez;
que nada quede, ni la sombra
de lo que un día este amor fue.

?Felicio Flores.

Rima XIV

I

¿Cómo es mi reflejo?
No lo recuerdo.
Te lo llevaste en tu rostro
y ahora estoy ciego,
buscando tus ojos.
Vivir dentro mío
es doloroso:
arrastro a un muerto
de un lado a otro.
No pulsa el alma
en el vacío
del espacio
entre nosotros.

II

¿En qué momento
secaron mis venas?
El corazón se detiene
si el amor no reverbera,
como un sonajero
en manos de un niño jocosos.
¿En qué cajón
quedaron las risas,
los besos, los abrazos,
las caricias?
El tiempo sepultó
mi alegría bajo tierra.
¿Qué flor nacerá
de la semilla?

III

Mi corazón es un pájaro
en una jaula de huesos.
Hoy emigra

de alas heridas,
hacia otro pecho.
¡Ve y busca otro nido,
pájaro mío,
en los ojos
de un pájaro ciego!

?Felicio Flores.

Rima XV

¿Por qué te llevaste mis ojos?
¿En qué mar los sumergiste?
¿En qué tierra los enterraste?
¿A qué rostro se los diste?
Ojos que eran míos antes de ser tuyos
y ahora no son de nadie.
¿En qué hoguera del desamor los quemaste?
¿Con qué puñal los abriste?
¿Sangraron? ¿Sangraste?
¿En qué pozo del olvido los tiraste?
¿Lloraste?
Tengo el rostro apagado del muerto.
¿Tú lo apagaste?
Rostro vacío, rostro de nadie.
¿Dónde están mis ojos, amor mío?
¿Por qué te los llevaste?
?Felicio Flores.

Rima XVI

Ya estás distante,
como un beso de despedida.
Ya no dueles, dulce herida; ya no lloras...
Ya no tienes el tiempo en las manos, querida;
solo agua, tierra y raíces podridas,
y estás sola, fría y dormida.
Tus sueños quedaron en mis brazos
y en la cama que dejaste vacía.
En el suelo, en las paredes; en el techo,
en mi pecho, donde un rosal había,
hoy solo hay espinas.
Yo estoy cansado de mí,
de verme sin ti todos los días;
de no tener tus manos en las mías.
Debo dejarte ir, aunque sienta
que de raíz me arranco la vida.
Adiós, amor mío,
adiós, vida mía.
?Felicio Flores.

Rima XVII

El hueco de tu cuerpo
en mi cama quedó,
y la soledad a mi lado,
con su manto gélido,
una mano le tendió
a mi corazón famélico,
y mis labios besó.
Sordo me he vuelto
por no oír tu voz;
es quizá este silencio
el más cruel torturador.
Mudo sin tus labios
y sin tus ojos, ciegos,
los míos ahora son.
Solo me encuentro
de la raíz del corazón.
Estoy perdido, mutilado,
me siento enfermo
y falto de razón.
Te busco en mis recuerdos,
y solo estoy yo.

?Felicio Flores.

Rima XVIII

I

Recuerdo el último beso,
el último abrazo.
Te dije que te amaba tanto...
Me arranqué el corazón de cuajo,
sin dolor, sin llanto.
Lo puse en tu pecho
y le eché tierra encima para sepultarlo.
Estoy arruinado hasta los huesos;
ahora ando que no ando:
soy el árbol del campo yermo,
la raíz del fruto amargo.

II

Hoy siento que mi alma
es como la piel de los ancianos.
Aquí me haces falta,
y en mis ojos te dibujo y me engaño.
Ayer, como hoy y mañana... en vano.
El aire de la noche es apretado,
y la luz es negra como el ojo del muerto.
Sin embargo, cuando te pienso,
me inunda el amor y florezco
como un cerezo repleto de pájaros.

III

La tierra me trajo tu contacto:
estás hecha de hierbas y de barro,
de todo el universo para mi cuerpo
de arcilla esperando por tus manos.
¿Siempre estás en mis labios,
y te beso cuando te extraño?.

IV

Los días se han fragmentado
como un vidrio de un martillazo.

He recogido los pedazos
que han quedado el suelo
y recreé tu rostro en un portarretratos.

Quién sabrá cuándo
me llevará la muerte de un aletazo
y en el susurro de Dios
te encuentre a mi lado.

?Felicio Flores.

Rima XIX

He de arrancarme este dolor
de mi cuerpo de amor febril,
de mis ojos de muerte color,
llorando lágrimas carmesí.

He de arrancarme este dolor
con las manos en el corazón,
como quien arranca una flor,
y sola y seca muere en el sol.

He de arrancarme este dolor
de la raíz de mi alma afligida,
y matar así la flor del amor
que crece rodeada de espinas.

He de arrancarme este dolor,
aunque la vida solo me deje,
y solo me quede eterno adiós,
y quizá Dios allá me espere.

?Felicio Flores.

Rima XX

Y cuando mueras,
serás plantada
a la orilla del río,
y nacerás de nuevo
como un árbol.
Y cuando mueras,
no quedará nada;
no habrá estío
entre mis huesos
y entre mis labios.
Y cuando mueras,
un pedazo de alma
mía se irá contigo,
a darte los besos
que faltaron.
Y cuando mueras,
sobre la cama,
el espacio vacío
que dejó tu cuerpo
lo ocupará tu retrato.
Y cuando mueras,
no morirá la llama
del amor, amor mío;
aquí, en mi pecho,
tu amor no será apagado.

?Felicio Flores.

Florájar

Tengo la cabeza hecha de flores
y la boca, de pájaros que ríen.

Bésame, no esperes:

quema mis labios
y muerde mi lengua,
dulce, amarga, lentamente.

El corazón no miente.

Guárdame en tus ojos,
un instante o para siempre;
elige por nosotros.

Nuestro tiempo es diferente.

Siempre es ahora,
y el segundo siguiente,
hasta la aurora
o hasta la medianoche.

Tengo la cabeza hecha de flores
y la boca, de pájaros que ríen.

Trinan y bailan, se van y vuelven
día y noche preguntándose:

¿Quieres su jaula?

¿Quieres sus alas?

¿Los quieres?

?Felicio Flores.

La dama nocturna

Desperté nauseabundo. Encendí la luz de la portátil y, con los ojos entreabiertos, la vi desnuda a mi lado, tumbada como una botella vacía. Le di mis sábanas y abrí las cortinas; la luz del sol entró como una bala. Despertó con el ceño fruncido, preguntó la hora con voz de sueño y se percató de que había dejado su reloj junto a la portátil: eran las diez.

Se levantó y fue al baño. Había papel higiénico en el suelo, y la luz parpadeaba. Dejó la puerta abierta mientras intentaba seguir durmiendo, sentada en el retrete. Abrió la ducha y regulaba la temperatura del agua poniendo la mano, aunque, en estos lugares económicos, el agua es más fría que caliente. Se puso a cantar; aunque no se entendía bien, su voz era dulce.

Regresó y, aún estando mojada, me miraba a los ojos y sonreía mientras secaba su cuerpo con una toalla que parecía tener pelos.

Me senté en una silla que estaba en un rincón del cuarto, al lado de la ventana, y encendí un cigarrillo que encontré tirado en el suelo. Ella se vistió, abrió su cartera, guardó sus pertenencias con cierta prisa y dijo: «Me voy».

Me quedé solo con mis ideas, jugando con el humo del cigarro y sus formas imposibles. Me vestí y traté de ordenar el cuarto, que parecía una jaula de zoológico. Fui al baño, me miré en el espejo y me vi: el rostro de un tipo que ya no espera nada, ni siquiera otra noche como esa. Ya no quedaba nada de ella: ni un olor, ni una prenda de ropa, ni un cigarro. De mí solo quedaba la billetera. Cuando la abrí, ya no tenía dinero. Por fin algo en común: los dos nos fuimos con lo que no era nuestro.

?Felicio Flores.

La plaza

No faltaron esfuerzos para destruir la plaza en Tembloitzàn. Los niños lloraban, tomados de la mano de sus madres, que miraban con horror la barbarie.

Las máquinas iban y venían, repitiendo el proceso como en una película en reversa. Entre el estruendo de los motores y el polvo que se alzaba en nubes marrones, se oían los gritos del jefe de obras. Había que derrumbarlo todo. Nada quedaría en pie, ni siquiera los árboles.

Olga había vivido toda su vida allí y nunca había visto semejante desastre. Destruir una plaza para construir un centro comercial le parecía impensable.

El alcalde defendió el proyecto diciendo que sería un atractivo para la ciudad. Tembloitzàn estaba de paso hacia la capital de Tecathitlaàn, y con esto ¿aseguró? atraerían turistas y generarían empleo. Pero, a pesar de los esfuerzos de la gente por impedirlo, ya era demasiado tarde.

Meses después, se inauguró el centro comercial. Tenía una zona de juegos para niños. La entrada costaba diez dólares.

¿Felicio Flores.

La grúa

Todos miraban cómo la grúa subía los materiales de construcción al segundo piso. Algo impresionante, porque no es un hecho que ocurra todos los días. Abajo, un hombre sobre el camión sujetaba una cuerda atada a los materiales y manipulaba la rotación para que entraran correctamente por el balcón. No había gritos, como los hay a veces en las obras. Solo un silencio de concentración total. Al fin y al cabo, siempre estamos hablando de dinero. Cuando algo se rompe, no lloramos por el objeto roto, sino por el dinero que gastamos en comprarlo...

Arriba, dos hombres de brazos cruzados aguardaban el lento proceso. No había mucho que hacer mientras los materiales estuvieran a unos cinco metros de distancia del balcón. Lo único que podían hacer era mirar, ayudar con los ojos. La gente, cuando observa estas situaciones, piensa en el peor escenario. No porque lo quiera... pero casi. El morbo es gratis, y la tragedia ajena es el único drama sin consecuencias personales.

¿Y si la cuerda se revienta y todo cae sobre el hombre de abajo, aplastándolo?

¿Y si el viento empuja los materiales y todo se va al carajo contra la ventana?

Al final, una multitud se reuniría a discutir cómo debió haberse hecho todo para evitar la fatalidad. Es sabido: nadie opina mejor que el que no tiene nada en juego.

?Felicio Flores.

El pozo

Creía que el pozo era insalvable, que el otro extremo se encontraba siempre demasiado lejos, fuera del alcance de cualquier mortal. Por más que corriera con todas mis fuerzas, saltara con desesperación, nunca lograría llegar. Pensé en levantar un puente, pero la impaciencia de mi juventud me lo impedía.

Entonces, un día, le pedí a los dioses que me enseñaran a volar. Y, lentamente, de mi espalda comenzaron a crecer plumas, pequeñas al principio, luego más grandes, hasta que nacieron alas. Despegué del suelo con torpeza, primero hacia un lado, luego hacia el otro, hasta que el aire me abrazó. Cuando dominé el vuelo y sentí la confianza de atravesar el pozo, tomé impulso, corrí y me lancé sin miedo. Al caer, cerré los ojos, extendí las alas lo más que pude y las dejé llenarse del viento. Salí disparado hacia el otro extremo, como un ave que surca el cielo.

En enero y febrero, el océano es un espejo bajo el sol. Y a lo lejos, las alas, pintan el cielo con los colores de los que aprendieron a caer sin miedo.

?Felicio Flores.

La promoción

Había pasado semanas encerrado en el cuarto de las luces, trabajando en un proyecto que, de ser un éxito, le aseguraría la promoción a gerente. Puso todo su empeño, al punto de olvidar comer y dormir. Como era de esperarse. Su esposa se lo recordaba de vez en cuando, al igual que el hecho de que en cualquier momento sería padre; estaba a pocos días de dar a luz a una niña.

Estaba exhausto. Sentía como si tuviera arena en los ojos y dormir ya no aliviaba los músculos. La última mañana, se levantó y la ansiedad lo dejó como nuevo. Un calmante natural, pero dañino. Apenas desayunó, se duchó, se puso el uniforme que nunca le gustó, se cepilló los dientes y se peinó mientras ajustaba el cuello de la camisa. Besó en la frente a su esposa, que aún dormía, y salió a la calle.

Siempre hubo un tránsito infernal en la ciudad; por eso envidiaba a los pájaros (el tránsito del cielo es menos concurrido). Pero era envidia de la buena, si es que tal cosa existe. De camino, fue ensayando lo que diría. Al llegar, se dirigió al ascensor casi sin saludar a nadie. Mientras subía, se miró en el espejo del ascensor y ajustó los últimos detalles de su apariencia. Miró la hora: aún le quedaban cinco minutos. Hizo un movimiento circular con los hombros, movió la cabeza de un lado a otro y apretó con más fuerza de lo habitual el asa de su maleta.

En la oficina, el jefe lo recibió con entusiasmo. Sus compañeros ya estaban allí, preparados para la presentación. Como de costumbre, el jefe les ofreció café. Algunos aceptaron, pero él lo rechazó con cortesía. Comenzaron la exposición. Se sentía el nerviosismo en el aire, como si de repente se hubiese vuelto más denso. La respiración se aceleraba sin haber hecho otro esfuerzo que el de hablar. Mientras uno exponía, los demás se miraban entre sí con rostros tensos. El jefe tomaba notas en una libreta, sin revelar demasiado. Era un juego psicológico cuyo comienzo nunca les había dicho. Respiró hondo y procedió a explicar lo que tantas horas de sueño le había costado.

Al final, el jefe tenía una expresión de aprobación. Se despidieron y, en el corredor, intercambiaron felicitaciones entre sí. Cuando bajó al primer piso, la recepcionista lo recibió con una sonrisa:

?Lo han llamado. Ya es padre.

?Felicio Flores.

Las alas de Ramiro

Corrió, corrió, corrió y... ¡pumba! Se cayó Ramiro, de nuevo.

Dice que quiere volar como un pájaro e inventó un par de alas con las ramas de un árbol. Siempre fue inquieto; debió querer ser una hormiga y no un pájaro.

Es la quinta vez que intenta volar el día de hoy y está muy lejos de sentirse frustrado. Se lo ve muy atento, reparando sus alas; como si fuera un ingeniero aeronáutico, se toma muy en serio su trabajo.

Cada vez que falla, vuelve con más fuerza. Pienso que cualquier día saldrá volando de verdad; le ganará a la física por insistencia.

La abuela lo llama, es la hora del almuerzo. El chico come apurado, ensucia el mantel, su ropa, el suelo. La abuela le dice que parece un cerdito y se levanta la punta de la nariz con el dedo, a lo que se ríen los dos.

Cuando terminan de comer, Ramiro se baja de un salto de la silla y sale corriendo a buscar sus alas.

Allá va de nuevo: unos ajustes aquí y allí. Parece que esta vez está decidido a emprender vuelo, el pequeño hombrecito, lo veo en su rostro. Tiene la mirada fija en un punto en el horizonte; llena su pecho de aire, abre los brazos, corre, corre, corre, salta y...

?Felicio Flores.